

tardanza á visitar los Santos Lugares, como peregrinos, si el Todopoderoso les salvaba la vida. Repitióle algunas de las máximas que habia oido á Miseno, y empezó á quietarse aquel corazon hasta aquel momento extremadamente agitado.

22 Apretaban la hambre y la sed; y la fatiga se aumentaba cada instante, porque todos, sin excepcion, remaban. Los marineros menos delicados comenzaron á alimentarse de las tortugas crudas, cuya carne fresca les remediaba juntamente ambos males: siguieron Neucasis y el Conde; y el miedo de la muerte hizo que tambien Elena despreciase su natural delicadeza. Jamás aquellos caballeros tuvieron vianda tan sabrosa, porque la hambre y la necesidad la habian sazonado exquisitamente. Así pasaron tres dias, y cada vez se sosegaban mas sus ánimos con la esperanza cierta de que encontrarían tierra, por cuanto remaban siempre al Oriente, y sabian que estaban dentro del mar de *Mármora*¹, el que por una parte está cerrado con el estrecho de Constantinopla, ó como otros le llaman *Bósforo de Tracia*, y por la otra con la garganta de los *Dardanelos*; y se consolaban viendo que en las tortugas habian remedio para sustentar la vida, ya que no fuese para lisonjear el apetito.

23 Entonces el Conde reflexionó la doctrina de Miseno, y conoció que era justicia del cielo y castigo de lo que habia hablado contra el Ser supremo. Á la madrugada del dia tercero vieron una nave, que á vela larga y viento en popa venia de la otra parte del estrecho, y no contentándose con esperarla, forzaron los remos con ansia y vehemencia hácia ella. Corre con velocidad la galga ligera, cuando ve á lo léjos la presa deseada: vuela con mas velocidad la saeta disparada de arco fuerte y encorvado; pero aun parecia mas veloz el esquife saltando por encima de las ondas, á cada impulso de los ajustados remos.

24 Llegan en fin muy cerca de la nave, que como hermosa caminaba soberbia y envanecida: ya no cabian en sí de gozo; y aunque conocieron que no era aquel su navío, sino otro mucho mayor, ya se consideraban á bordo, y mutuamente se abrazaban. Ved aquí que la nave huye de ellos y se retira. Era nave de turcos, que pasaban de *Trebisonda*² á *Esmirna*, los que viendo aquel esquife en mar

¹ *Mármora* (mar) es una gran manga del mar entre la costa de la Turquía europea, y la Natolia ó Asia Menor, conocido de los antiguos bajo el nombre de *Propóntide*. Hace comunicable el mar Negro por dos canales, que son los dos estrechos ó gargantas dichas de los *Dardanelos*.

² *Trebisonda*, ó segun los turcos *Tarabosan*, ciudad de la Turquía euro-

ancho, donde jamás navegó embarcacion semejante, imaginaron que eran hombres apestados, expulsos de la comunicacion de las gentes, que para conservacion del público habian sido condenados con menos barbaridad á muerte lenta. En esta suposicion, temiendo ser inficionados por la proximidad, se pasaron de largo.

25 No cae tan de repente el alto cedro herido del rayo, como cayó toda la esperanza de los naufragantes. Los remadores fuerzan los remos, Neucasis clama, el Conde se desespera, Elena llora. Entonces Neucasis ase con ansia una tortuga enorme, y la muestra de léjos á los de la nave: Elena se arranca del pescuezo las joyas, y las levanta en la mano: el Conde les enseña un bolsillo: de los remeros algunos sueltan los remos y muestran las mas hermosas tortugas: quedan los del navío absortos, no pudiendo concordar todas estas varias acciones con la idea que formaban; sin embargo se pusieron á la *capa* * para que pudiesen acercarse á hablarles. Llega la aguja con ímpetu, cuando se ve cerca del iman, y gustosa se deja caer sobre él: así hizo el esquife dando con violencia contra la nave que majestuosa le esperaba. Entonces Elena, que sabia el idioma, les informa del suceso ocultando con cautela cuál era su destino, porque no querian los turcos dar socorro á los que iban á militar á Palestina; solo les dice que venian como pasajeros en una embarcacion veneciana, lo que comprobaban el capitan y marineros que hablaban el italiano, y que la codicia de las tortugas les habia hecho perder el navío. Enterneciése *Cara-osman*, capitan de la nave, y mandó que fuesen recibidos y tratados con la decencia y respeto debido á personas de distincion. Siguióse á esto un pronto refresco y todas las comodidades que el caso requeria.

26 *Cara-osman* reparaba en Elena, y entreveia en ella un no sé qué de grande, que se hacia sospechar ser persona de superior esfera. El Conde por su talle, gentil presencia y modo afable daba á entender igualmente ser caballero. Elena disimulaba cuanto podia que era señora de Cesarea, porque si llegaban á saberlo, quizá la harian prisionera, y querrian luego un rescate muy cuantioso: por lo que solamente aseguraba que pasaba á Venecia con su marido y aquel caballero; sin apartarse en todo lo demás de la verdad. En esta conversacion reservada pasaron tres dias en continuo susto y so-

pea, con un puerto de mar en el *Ponto Euxino*, hácia el Sur; pertenece á la *Natolia* ó *Asia Menor*. Año 1209 fundó aquí *Alejo Ducas Commeno* su imperio, despues que fue arrojado de Constantinopla. Año 1460 la conquistó á sus sucesores *Mahometo II*.

bresalto de ser conocidos, y al cuarto ya avistaron tierra, y entraron en Esmirna, donde agradeciéndole al capitán turco la vida que les había conservado, procuraron nuestros extranjeros de aquella famosísima ciudad el remedio á sus trabajos.

27 Pasado el primer gusto de verse con vida, volvió al punto la aflicción por los sucesos pasados. Lamentaba Elena la pérdida de su marido; pues quedándose el navío casi sin marineros, forzosamente había de perecer en medio de las ondas, ó tal vez naufragar entre peñascos. Neucasis, que había sido el origen de toda la desgracia, y no se atrevía á volver á su patria, se arrimó al Conde para esperar á su sombra remediar su fortuna, porque se consideraba perdido. El Conde balanceaba entre mil movimientos, ya de pena por la pérdida de los compañeros é incomodidades pasadas, ya de gozo por verse libre de Miseno, y mucho mas por las esperanzas de conseguir la gracia de Elena, y por su mediación la de la Reina de Jerusalem¹.

28 Sus ojos, su corazón y sus afectos todos los dirigía á Elena; porque al mismo tiempo de un golpe se disparó sobre el corazón del Conde sus saetas las tres furias del infierno que en compañía del espíritu del error habían tomado á su cargo la funesta empresa de perderlos ó separarlos. Á un tiempo mismo se sentía arder en amor de Elena, en deseos de la gloria de empuñar el cetro de Jerusalem, ó á lo menos se prometía el interés de ser señor de Cesarea, por cuanto el embajador ya estaría muerto. De este modo se lisonjaba dulcemente satisfecho con la esperanza de contentar su ambición demasiada: esperanza que jamás pudo tener tan bien fundada: mas todo dependía de Elena².

29 El Embajador ha muerto, se decía el Conde á sí mismo, y Elena bien me podría dar el lugar del Conde de Brienna: mi cuñado el Rey de Hungría, mis vasallos de Moravia, mil parientes honradísimos que tengo sentados en los tronos, ó al rededor de ellos, tam-

¹ El *Filósofo incógnito*, lib. VII, núm. 53, asegura, que en este núm. 27 dice su autor: *Que Elena esperaba ser reina de Jerusalem*; impostura: merece la pena del talion: véase su índice, lib. VII, núm. 226, donde dice: *Castigase un descuido del P. Almeida*.

² El mismo *Incógnito*, ibidem, núm. 54, trueca los frenos, atribuyendo á Elena la esperanza que se figuraba la ambición del Conde; pero esta esperanza no era *bobertía* como el filósofo dice, por ser Jerusalem entonces de los árabes, pues de los árabes era también cuando el Conde de Brienna, cuyo lugar quería el Conde ocupar, fue coronado rey de Jerusalem en la ciudad de Tiro, año 1212. (Ab. Choyi).

bien pueden ayudarme. Pues ¿por qué no intentaré esta empresa? Á mas de que viéndome la Reina con la gallarda presencia de que la naturaleza me ha dotado, sabiendo que corre sangre Real por mis venas, aun sin el socorro del engaño, bien podrá preferirme á un extranjero desconocido, el cual ciertamente no podrá competir conmigo en los dotes de naturaleza. Si Elena quisiese apoyar mis designios, todo se conseguirá con facilidad. Y cuando ella tenga horror á este engaño, discurre que no me ha de negar su tálamo, y así por lo menos participaré de sus Estados. Y si su delicadeza opusiese á esto que mi mujer vive, yo haré que se divulgue la noticia de que ha fallecido, y quizá no me engañaré; y así por todos motivos me conviene ganar el corazón de Elena, pues de ella pende todo.

30 Neucasis, que parecía un eco de la voz del Conde, favorecía la misma idea, como que él fue el primero que tuvo este pensamiento; y ambos de comun acuerdo, Neucasis y el Conde armaban todos los lazos necesarios para engañar á Elena en cuanto á la muerte de Aymar y la de la Condesa de Moravia: lo que no era difícil en una ciudad tan populosa como Esmirna. Elena, al contrario, trabajaba por descubrir noticias del Embajador, bien que entre tanto obligada sumamente de los obsequios del Conde, cuya maliciosa idea ella no penetraba, dejaba ir cayendo insensiblemente hácia él su corazón, el cual siempre le había sido propenso.

31 Al mismo tiempo el Embajador y Miseno hacían todo lo posible por saber de cierto el destino de los que se habían embarcado en el esquife. Todas las apariencias eran de haber perecido; pero Miseno con un tono mas firme que el regular alentaba al Embajador á que esperase que la Providencia lo habría preservado. Acordóse Miseno de que conocía al emperador *Teodoro Lascaris*¹, el que pocos años antes se había hecho coronar en Nicea cuando los latinos coronaron en Constantinopla á Balduino, con motivo de haber casado Teodoro con Ana, hija de Alejo Commeno, y nieta de Isaac Angelo. Sabiendo esto Aymar importunó tanto á Miseno, que este al fin hubo de descubrirse; y pidiendo audiencia, habló á la Emperatriz de este modo:

32 Para mover un corazón noble y generoso, no es preciso, señora, otro mayor incentivo que la sencilla relación de las infelicidades de esa que llaman fortuna. Sabed, pues, que nosotros somos dos

¹ Era griego, y los latinos le expelieron del trono de Constantinopla año 1404. Se retiró á *Andrinópolis*, imperó en *Bitinia*, y colocó la silla de su imperio en *Nicea*. Dió la muerte al sultán *Jatatino*.

pasajeros que navegábamos en una nave veneciana; y despues de ser el ludibrio de los vientos, de las ondas y de las furias del infierno que nos persiguen, tuvimos la no esperada fortuna de venir á Nicea, donde reinais felizmente. La esperanza de que halláremos en vos abrigo y proteccion, no se funda solo en la idea de que los Soberanos son imágenes de Dios, destinados por la suprema Providencia para ser órganos de los favores con que el cielo atiende á los inocentes, sino que tambien fundo yo la mia en el conocimiento que tengo de los príncipes de vuestra familia, de quien recibisteis la sangre y el cetro. Tuve el honor de conocer á vuestro padre Alejo, y de acompañarle en la Silesia; tuve el gusto de mover con mis persuasiones á los caballeros de la Cruzada, para que viniesen sobre Constantinopla á dar libertad á Isaac vuestro abuelo, y poner sobre el trono á vuestro padre. Estos servicios me granjearon la honra de acompañar al emperador Isaac Ángelo en la tribulacion de la cárcel, en la cual aun permanecí despues que él fue exaltado al trono. En este tiempo conocí su corazon: y no dudo que de él ha dimanado en el vuestro su sangre y su ternura para favorecernos; mas no atiendo por ahora á otra cosa; solo os pedimos vuestra proteccion para saber si perecieron nuestros compañeros, ó si acaso se hallan por estas costas de Asia. Fáltanos el Conde de Moravia, y Elena, mujer de este honrado caballero, los que huyendo en un esquife podrán haber perecido, ó tal vez salvado la vida. Este es el favor que os suplicamos, y lo esperamos confiados en vuestra benignidad.

33 Admirada quedó la Princesa de esta relacion, y se acordó que habia oido decir mil veces muchos elogios de Miseno á su abuelo Isaac Ángelo, sin que él supiese su nombre, ni menos su nacimiento; mas la revolucion de Constantinopla habia ocupado su ánimo de tal modo, que nunca volvió á saber de tan honrado prisionero. Ahora avergonzada la Princesa de la ingratitud de sus mayores, temia confesarla; pero deseaba corregirla. La nobleza de su corazon la impelia á proteger y honrar á Miseno como merecian sus servicios, pero la delicadeza de su soberanía rehusaba confesar la feísima ingratitud de su padre y abuelo, habiendo dejado á ambos en la cárcel á un hombre tan benemérito; de este modo vacilante, tímida é incierta, ya le mostraba particular agrado en las preguntas que le hacia sobre su naufragio, ya dejaba asomar al rostro aquel aire soberano con que las Majestades acostumbran infundir respeto, y sin decirle mas respondió que daria prontamente sus órdenes para hallar sus compañeros si acaso se hubiesen libertado, ó averiguar la noticia cierta de haber perecido.

34 Con esta respuesta se retiró la Emperatriz; pero Aymar notó que los ojos fijos en Miseno le decian mucho mas que lo que explicaban las palabras. Pasaban dias y dias, y no habia noticia de los naufragantes, lo que no sabia llevar Aymar con paciencia: mas era preciso tiempo para las diligencias, y entre tanto cuantas funestas ideas eran posibles, tantas le inquietaban. La propia vida le era pesada, y quisiera mas bien haberla perdido en el naufragio, que conservarla á costa de tanta pena. Siguióse la pasion de la *tristeza*, y á esta la de la *impaciencia*, la de la *precipitacion*, y la del *ardor*; y piensa en partir sin dilacion á dar cuenta á la Reina de los sucesos de su embajada, y retirarse á sus Estados, para enterrarse vivo en una soledad fúnebre, hasta que cansada su alma de sufrir el horror de tan melancólica vida, quiera ya huirse del cuerpo.

35 Entonces Miseno con blandura y discrecion empezó á sosegarle, presentándole las máximas de la prudencia, las que jamás consienten que se obre con precipitacion ni fuego. Yérrase de prisa, le decia, y de ordinario solo de espacio se acierta. Cuando yo era jóven, todo en mí era llama, todo habia de ejecutarse en el mismo momento en que yo lo ideaba, porque en la balanza de mi estimacion era lo mismo tardar que perder. El concebir, hablar y hacer se seguian en mí tan apresuradamente como el relámpago, el trueno y el rayo; de manera que ni el viento era para mí mensajero bastante pronto; pero despues que á fuerza de caidas abrí los ojos, conocí que no habia mayor puerta para el error que una resolucion precipitada. ¡Oh, amigo mio! dame el entendimiento que quisieres, sea el mas claro, sea el mas recto, que ciertamente jamás podrá acertar sin ver primero las cosas, sus circunstancias, las consecuencias de ellas, y pesar las utilidades de una parte, y de la otra los inconvenientes. Esto no se puede hacer sin reflexion, y ninguna reflexion se puede tener sin tiempo; por eso con razon pintan á este como viejo, porque las canas le dan el carácter de buen consejero.

36 Mientras dura el primer fuego, todo es humo, y el alma no ve por donde va: piensa que anda por un camino real, y se halla en un precipicio, de donde tal vez no podrá salir, ó por lo menos nunca de él saldrá sin daño. La misma perturbacion que se ve en el exterior de un hombre fogoso pasa en su entendimiento. Veréis que en un instante da vuelta por las cuatro partes del mundo, que vuelve atrás de repente, que con las cosas inanimadas, incapaces de la menor culpa, se enfada; que todo lo echa por tierra, todo lo quiere despedazar, y que aun contra sí mismo se irrita: los ojos inquietos,

la voz alta y destemplada, las palabras sin moderacion, todo manifiesta que tiene el juicio fuera de su lugar. Ahora id á tomar en este tiempo alguna resolucion, y veréis cuántas veces evitais los yerros. Ni el sol lo ve todo en un momento; espera veinte y cuatro horas para conocer bien su mundo: pues ¿cómo vos quereis verlo todo de un golpe? No sabemos si pereció vuestra esposa: preciso es tener de este objeto alguna certeza: puede ser que se haya salvado; pero se ha de dar tiempo al tiempo, que no tardarán muchos dias sin que se sepa si por estas costas se hallan algunos indicios de su vida ó de su naufragio. Dios, á cuya providencia os habeis entregado, os dará á conocer la verdad, para que sepais lo que mas os conviene, y para esto solo os pido sorna y paciencia, que sin ella no podemos acertar en lo que debemos hacer.

37 Instaba el Embajador en su pretension primera, y todos sus discursos y racionios se reducian á probar que su esposa habia naufragado, por cuanto la hambre y la sed bastaban para darle la muerte, aun cuando la hubiesen perdonado las olas y los vientos; que si la nave apenas habia podido resistir su furia, ¿cómo se podrian salvar los de una lancha, que á cada onda debia ser sorbida de los mares? Pero Miseno discurria de otro modo. Amigo, le decia, vuestro deseo y el mio están conformes; ambos deseamos lo mismo, y procuramos lo que en estas circunstancias nos puede ser mejor: no hay aquí lugar á la disputa, solo debemos examinar con ánimo tranquilo y sosegado lo que mas nos conviene: ya que la pérdida ó la utilidad ha de ser nuestra, seamos nosotros los que examinemos el camino de remediar el mal y procurar el bien. Discurrámos, pues, sin espíritu de partido, ni torzamos jamás el discurso para sacar la consecuencia precisa que deseamos. Si quereis partir, yo estoy pronto, nada hay que me detenga sino vuestra utilidad, y dejar al desamparo á vuestra esposa, que tal vez estará viva, y quedará expuesta á calamidades infinitas, si vos os ausentais antes de tiempo. Un día mas de espera nos podrá sacar de la duda: una hora menos puede tener consecuencias sumamente perniciosas. No os admireis de que vuestro entendimiento os haga ver que la resolucion que habeis tomado es útil por todos motivos; porque, amigo, todos nosotros tenemos un defecto anejo á la naturaleza, si la resolucion no lo quita; y de mí os confieso, que muchos tiempos lo tuve, y todavía no sé si estaré ya bien curado de él.

38 Nosotros naturalmente amamos nuestros hijos, y siempre nos parecen hermosos y agraciados; y como los hijos de nuestra voluntad

son las resoluciones que ella toma, así la misma resolucion que antes de tomada nos era indiferente, si la voluntad se determina á adoptarla, ya es hija suya, ya es linda, ya bella, ya le parece bien. Por eso llevamos muy á mal si alguno la desprecia ó quiere ponerla debajo sus piés, porque al fin es nuestra hija. Ahora este amor es tan fuerte, que aun á nosotros mismos nos queremos ocultar los defectos de la resolucion que tomamos, y solamente nos detenemos con complacencia en lo que la resolucion tiene de bueno y provechoso, como quien le da muchos ósculos y la abraza; de forma, que no cesamos de ponderar todas sus utilidades: así el bien que meramente es posible, lo contamos ya como seguro, y el que es dificultoso, lo reputamos fácil. Esta es la razon por que pasamos ligeramente por el lado que no nos es tan bueno; las dificultades por eso solo se miran á bulto, y los inconvenientes á lo léjos; de manera, que el mal que tal vez es factible, ó es natural que suceda, lo desterramos á la region de lo dificultoso ó de lo muy raro: de aquí es, que el bien contingente lo miramos como conseguido; y si tomamos consejo, no es para determinarnos á seguirlo y dejar la resolucion ya adoptada, sino que solo buscamos confirmacion á favor de nuestro partido. De aquí viene que ponderamos primero con viveza y energia todo lo que es á nuestro favor, y despues que ya vemos á los otros inclinados, entonces les hacemos ver muy á lo léjos tal ó cual dificultad en contrario, llevando desde luego la respuesta preparada. De este modo procuramos engañar á los mismos á quienes vamos á pedir luz para el acierto. Amigo, ninguno escapa jamás de las astucias de nuestro *amor propio*, si no está muy prevenido. Demás de esto, habeis de saber que si la *precipitacion* y *ligereza* en las resoluciones nos es nociva, no lo es menos la *tenacidad* y la *porfia*. Reflexionad, por tanto, sólidamente en lo que os digo, y determinad lo que quisiéreis, porque yo estoy pronto á acompañaros fielmente, si así fuere preciso. Suponiendo que si acaso vuestra esposa pereció, el Conde habrá tambien padecido suerte igual, y entonces no tengo motivo que me obligue á peregrinar por países extranjeros. Con esta reflexion se sosegó mucho Aymar, y confesó que era imprudente y precipitada su partida, antes de saber alguna resulta de las determinaciones del Emperador.

39 El dia siguiente tuvieron orden los dos naufragantes para presentarse en el jardin real, porque les querian hablar los Emperadores. Regocijóse Aymar, creyendo que recibiria alguna noticia alegre; mas al mismo tiempo temia, recelando que esta fuese muy triste. Mientras esperaban que los Emperadores saliesen á los jardines, su-

pieron de los guardias que la noche antecedente se habia levantado el Emperador sumamente inquieto; y que luego que amaneció habia dado con furia aquella orden. Que habian advertido en la Emperatriz lágrimas de afliccion; pero que ignoraban el motivo de una y otra novedad. Miseno observó que los conducian con grande cautela, y entreveía que alguna desconfianza inquietaba al Emperador; pero animaba al compañero, diciéndole que nada temiese, pues que no tenia el menor crimen. En estas conversaciones se entretenian, mientras los Emperadores salian á los jardines, donde ellos estaban con centinelas de vista.

LIBRO XIX.

Las furias infernales celebran el triunfo de haber separado al Conde de Miseno.—El Ángel protector de Polonia se destina á defender á este.—Una fantasma nocturna persuade al Emperador que Miseno venia á quitarle la corona.—El Emperador se informa del piloto y marineros, de quiénes eran Miseno y Aymar.—Póneles centinelas de vista.—Tiene noticias que el Sultán de Iconio hacia preparativos de guerra, y que allí llegaron ciertos extranjeros.—Con esto se enfurece el Emperador, y con un puñal quiere matar á Miseno.—Estorba el lance la Emperatriz, y aconseja al Emperador que se examinen los presos separadamente.—En efecto, el Emperador examina al uno, y al otro la Emperatriz.—Los hallan conformes.—Sosiégase el Emperador.—Empieza á idear el Conde, cómo ser rey de Jerusalem ó señor de Cesarea.—Fingen Neucasis y el Conde haber naufragado Aymar y Miseno.—Parten el Conde y Neucasis á Nicea, y queda Elena en Iconio.—Saben que Miseno y Aymar viven, y se turban.—Neucasis persuade al Conde que se ausente luego con Elena, y que él irá á Nicea á confirmar en las sospechas al Emperador, para que cuando presos ó muertos Miseno y Aymar, triunfe el Conde.—Extraña Aymar y Miseno el tratamiento que les dan en palacio.—Son llevados á una cárcel.—Saben la llegada de Neucasis, y el mal informe que dió al Emperador.—Resuelven los Emperadores condenar á muerte á los presos, á ver si la conciencia los acusa.—Finge Neucasis carta del Conde al Emperador contra Miseno.—Miseno y el Embajador son llevados presos delante del Emperador, núm. 41.—Los condena á muerte.—Declara Neucasis contra los reos.—Léese la carta del Conde.—El Emperador se enfurece.—Se informa de la verdad.—Va Neucasis á hablar, y se turba.—Miseno anima al Embajador á padecer la muerte con heroicidad.—Habla Miseno al Emperador, y se ofrece á la muerte, núm. 42.—Pídele que libre á Aymar como á embajador.—Entra de repente Elena en la asamblea, y declara los enredos del Conde y Neucasis, quien cae desmayado.—Pónenlo en la cárcel, y Miseno con el Embajador y Elena son llevados al gabinete del Soberano.

1 Todavía no habian pasado los tres dias que las furias infernales habian pedido de plazo para ejecutar la grande empresa, cuando en las subterráneas cavernas cantaban á su modo con horribles estruendos la victoria de su enemigo poderoso. Estaba Miseno separado del Conde, el uno en términos de perder la vida, y el otro de entregarse mas ciegamente que nunca á sus desordenadas pasiones. El príncipe de las tinieblas les aplaudia la diligencia; mas ellas engolfadas en el gusto de vencer tal contrario, no querian levantar la mano de la empresa hasta conseguir una total ruina. Como lobos voraces y carniceros, que llegan á entrar de noche en el corral de un pas-